

desierto, sin cohesión social entre sí y sin esa amplitud de vibraciones sociales que constituyen la solidaridad de las partes con el todo». ³² De esta ausencia de cohesión, ¿era de esperar algo diferente a actitudes no coincidentes frente al problema de la independencia? Y el que ésta haya sido «... local y municipal en su origen ostensible...», ³³ ¿sería razón suficiente para no concebirla también rural —como en la Banda Oriental— y no obligadamente en plena coincidencia de objetivos con la «revolución» iniciada en Buenos Aires, la única legítima en la creencia de Mitre? Y finalmente: ¿era tan impensable un movimiento campesino que a la lucha contra el poder colonial sumará por iniciativa de su jefe una política agraria revolucionaria?

Las respuesta podrían sintetizarse así:

- a) la revolución de la independencia sólo podía —y debía— emerger de la urbe;
- b) toda otra emergencia, si no fatalmente espuria, llevaba el riesgo de llegar a serlo si era protagonizada por caudillos y gentes pobres del campo no encuadradas en marcos militares a la europea;
- c) la propiedad era sagrada y debía continuar sagrada, a despecho de una distribución de ella que soslayaba a quienes más la hubieran precisado (en términos de propiedad agraria, claro) para sobrevivir. Y a despecho de que una política distributiva hubiera permitido ganar para la independencia a gentes para las cuales la diferencia entre ésta y la colonia debía pasar por algo más tangible que las palabras, que algunos gestos, que algunos símbolos diferentes.

Los objetivos de la Revolución de Mayo que Mitre y antes que él los muchachos de la generación del 37 habían expresado como equivalentes a emancipación y «regeneración de la sociedad» se realizan en lo que atañe a lo primero, pero la sociedad colonial, en su entraña más íntima, en su dimensión más significativa, se prolonga durante muchos años después del glorioso año 10 y no hay regeneración; y no la hay porque los procesos sociales autocentrados, la dinámica inherente a esas sociedades regionales específicas, no lo producen y porque de «arriba» no es forzada. Pero la palabra «regeneración» podría ser leída también como aquellos procesos seculares que lenta pero implacablemente van produciendo cambios en la entera totalidad de una sociedad hasta llevarla a producir las rupturas con estructuras antañonas que si funcionales en un pasado han devenido rémoras insoportables. Mitre llega a percibir algo de esto cuando deja expresado que siendo la revolución un hecho fatal que estaba en el orden de las cosas, había estallado «... antes de que la sociedad hubiera alcanzado su desarrollo normal». ³⁴

³² Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 386. Alberdi, en su trabajo de juventud «Doble armonía entre el objeto de esta institución, como una exigencia de nuestro desarrollo social, y de esta exigencia con otra general del espíritu humano», en *El salón literario de 1837*, de Félix Weimberg. Editorial Hachette, Buenos Aires, 1958, pp. 130 y 132, escribe que «... el movimiento general del mundo, comprometiéndose en su curso, nos ha obligado a empezar nuestra revolución por donde debimos terminarla: por la acción. La Francia había empezado por el pensamiento para concluir por los hechos; nosotros hemos seguido el camino inverso [...]. Es, pues, del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta.»

³³ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 386.

³⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 386.

Lo de «orden de las cosas» es tópico hartamente discutible, pero ahora preguntémosnos: ¿qué puede significar «normal» en el contexto de la frase citada? ¿No será «normal» una situación en que se ha dado la coincidencia entre estratos sociales mayoritarios y la elite que asume la iniciativa dirigente? ¿El desacuerdo sería lo «anormal»? Luego, ¿en qué «orden de cosas» habría estado inscripta la revolución? ¿Más que local no sería un orden de cosas europeo occidental...?

Vale la pena recurrir aquí al sabio Tocqueville, tan leído y citado por la generación del 37 y por el propio Mitre, aunque no recuerdo que ninguno de ellos haya mencionado alguna vez la obra a que ahora aludiremos. En el siglo XVIII los hombres de letras franceses —dice Tocqueville— «... se tornaron los principales hombres políticos del país...»: ³⁵ y ellos, más allá de sus diferencias, participaron de una idea general común: sustituir las costumbres tradicionales por reglas simples extraídas de la razón y la ley natural. Notablemente esta idea común, «... en vez de estacionarse como en el pasado en la cabeza de algunos filósofos, descendió a la multitud al punto de tornarse una pasión política». ³⁶ Y los escritores, agrega el pensador francés, asumieron naturalmente la dirección de la opinión. ¿Es esto lo normal que pensaba Mitre?

La conciencia del desajuste entre una elite y un pueblo se expresa reiteradamente, y tal vez con énfasis mayúsculo, en las gentes de la generación del 37. En un articulillo atribuido a Miguel Cané (padre) o al italiano Juan Bautista Cúneo se lee que «... pesan sobre nosotros [...] los descarríos de una edad bárbara...». ³⁷ En la misma publicación Alberdi fustiga la sociedad americana, y luego de anotar que el ridículo rebosa en ella por todas partes, escribe que «... la Revolución nos ha sacado bruscamente de entre los brazos de la Edad Media y nos ha colocado sin preparación al lado del siglo XIX». ³⁸ Félix Frías descrece que América tenga presente: «Estos pueblos viven la vida de sus abuelos». ³⁹ Y nuevamente Alberdi, pero esta vez cercano a la ancianidad, prosigue con el tema que el transcurrir de los años no ha declarado añejo: «Aquí está el antiguo régimen de España, que vino como conquistador, y se quedó y vive todavía de incógnito». ⁴⁰

Mitre distingue entre lo que él llama «dos revoluciones gemelas», ⁴¹ pero la que a su juicio protagonizan las multitudes «desagregadas» no sólo excede los propósitos de aquella que la ciudad provoca, sino que viene a colocarla bajo un grave signo de duda. Y finalmente y por todo eso, «... la revolución argentina fue obra del pueblo, pero su dogma

³⁵ Alexis de Tocqueville, *O Antigo Regime e a Revolução*, Editora Universidade de Brasília, Brasília, 1979, p. 135.

³⁶ Alexis de Tocqueville, *O Antigo Regime...*, edición citada, pp. 135 y 136.

³⁷ El Iniciador, *Montevideo*, 15 de mayo de 1838, artículo titulado «He leído El Iniciador», p. 59 de la reproducción facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1941.

³⁸ El Iniciador, *Montevideo*, 15 de julio de 1838, artículo titulado «Del uso de lo cómico en Sud América», p. 142, edición citada.

³⁹ El Iniciador, *Montevideo*, 15 de septiembre de 1838, artículo titulado «A la juventud», p. 248, edición citada.

⁴⁰ Juan Bautista Alberdi, *Peregrinación de luz del día*, Editorial Choel-Choel, Buenos Aires, 1947, página 103.

⁴¹ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 387.

ostensible provenía de la clase pensadora. El principio democrático no estaba incluido en ella». ⁴²

Retomemos la idea de Mitre: la revolución estaba en el «orden de las cosas». Pero tenemos «dos revoluciones gemelas», opuestas, contradictorias y al mismo tiempo coincidentes en la idea de emancipación. Y cada una de ellas parece estar inscripta en un distinto «orden de cosas»; pero esa distinción no elimina la coincidencia en el objetivo emancipador. Y una vez más: ¿qué es lo anormal? ¿Sin más ni más la barbarie, la ignorancia, la ruralidad no gobernada por la urbe? Ésta es la respuesta de Mitre. Otra posible —y no precisa recurrir a adjetivos apocalípticos— es la siguiente: lo anormal es la distancia entre un conjunto de sociedades regionales que en su globalidad representan lo que genéricamente llamaremos prenatal, y la voluntad estatal-nacional de una elite que responde a los impulsos europeos occidentales y no es la representante orgánica de las sociedades locales.

3.1. *Apostilla alberdiana*

Ese Alberdi inquietante, casi siempre irritativo, habitualmente molesto para no pocos de sus contemporáneos, ingresa a zancadas en la polémica sobre la independencia con algunas postulaciones que ciertamente no vendrán a halagar las vanidades nacionales. Más allá de los actores visibles discierne otros que reputa de fundamentales, y en *Facundo y su biógrafo* le enrostra a Sarmiento no haber comprendido «... el papel que los intereses jugaron en la revolución de 1810...», y de pensarla meramente «... como un movimiento de las ideas europeas, no de los intereses». ⁴³ Discrepa en que la revolución fue entendida en las ciudades porque en ellas había lo que estaba ausente en las campañas: ideas, libros, civilización. Sostiene: «Nuestra revolución de América es europea de origen, índole y carácter, en el sentido que fue producida por los acontecimientos y los intereses de la Europa, y por nuestra parte para entrar en libre trato con la Europa». ⁴⁴ Deduce que «los mejores sostenedores de la Independencia» no son los americanos que la obtuvieron, sino los mismos intereses europeos que «arrancaron el nuevo mundo al sistema colonial». ⁴⁵

Alberdi es de los que piensan que la independencia no es un emergente de procesos esencialmente autónomos, sin descartar por eso las influencias favorables. En su ecuación el primer término, el decisivo, está colocado en el impulso externo, en el interés material del capitalismo europeo occidental y por supuesto, en las ideas del mismo origen. Se comprende que estas concepciones no podían ser demasiado aceptables como propuestas para una historia que necesitada de construir valores (a comenzar por el valor *voluntad nacional* para ser independientes) no podía prescindir de personajes/hé-

⁴² José Manuel Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1955, p. 3.

⁴³ Juan Bautista Alberdi, «*Facundo y su biógrafo*», en *Escritos póstumos, tomo V*, Imprenta Alberto Monkes, Buenos Aires, 1897, p. 279.

⁴⁴ Juan Bautista Alberdi, «*Belgrano y sus historiadores*», edición citada, p. 75. Cfr. tomo IV de *Escritos póstumos*, Imprenta Alberto Monkes, Buenos Aires, 1897, pp. 53 y 61.

⁴⁵ *Ibidem*.